

Hablar ranchero

TEXTO: LUIS FELIPE LOMELÍ

Me gusta. En español o en inglés. Y, si hablara algún otro idioma, seguramente también en ése. A las personas que quiero *harto* no les hablo de “Usted”, sino de “Usté”. Eso: que quiero *harto*. Porque querer “harto” y “jartísimo” es algo bastante más fuerte que nomás “querer mucho” (no como las niñas fresas de preparatoria: TQM Nunca cambies!!!). Así, a mi familia y a mi pareja les hablo de “Usté”, y también a los amigos esos que se llevan el corazón de uno y por ahí lo traen rolando, entre sus costillas.

No obstante, esta manera de hablar luego amerita dar explicaciones que ni siquiera sé cómo darlas. En una ocasión, después de un “cuídese, amá, retehartos besos” y colgar el teléfono, una amiga chilanga me preguntó de qué pueblo de Jalisco era mi familia y, cuando le respondí que de Guadalajara, ella concluyó para sí misma: “ah, sigue siendo provincia”. Peor aún en inglés, un “wasapenin, ése?” o un “ol’ rice” en lugar de “all right”, a menudo suscitan esa mirada pseudo-misericordiosa de quien se siente superior porque sí sabe y está escuchando a un pobre tarado que jamás podrá pronunciar bien. Cuando, por error, digo algo similar en una reunión importante, luego explico que de niño viví en *East L.A.* Lo cual es cierto, pero no tiene nada que ver: simplemente hablo así por gusto.

Las variaciones en el lenguaje siempre me han maravillado: el lunfardo, el vocabulario privado de las pandillas, los tacos con “substancia” y los crepúsculos arrebolados de Don Jaimito. Sólo que ahora parece que por fin puedo dar una explicación políticamente correcta: el “naco” es el principal innovador del lenguaje, el *hacedor* de los idiomas (el poeta y el narrador,

como Góngora y Cervantes, vienen después, a la hora de hacer *La Obra* nacional).

Luigi Luca Cavalli-Sforza, profesor emérito de Stanford, y su hijo han trazado una serie de mapas que correlacionan tanto las variaciones lingüísticas como las variaciones genéticas –que, además, tienen una razón de cambio similar–: el lenguaje cambia conforme al tiempo, el aislamiento y la distancia al grupo originario de dicho lenguaje. Piense, por ejemplo, en el portugués y el castellano. Las diferencias que hay en una frase, como por ejemplo “dormindo com os tubarões”, son tan pocas que cualquier hispanoparlante la puede entender. Si luego agrega a la frase el estilo de pronunciación propio, la cadencia y los ademanes de un lusitano... listo: ya tiene Usted otro idioma (sólo falta que lleguen un escritor y un rey, o un presidente nacionalista que quiera marcar sus diferencias, para que se declare “lengua nacional”).

Así, si a Usted también le da por hablar ranchero o naco y a veces le da penita, no se preocupe: Usted le da vitalidad al lenguaje, Usted está creando otro idioma.

P.S. Sí, la explicación es ególatra. Pero también es ególatra sentirse el adalid de la Real Academia de la Lengua gachupina o, como decía Nikito Nipongo, madrileña. •

LUIS FELIPE LOMELÍ

Guadalajara, 1975. Narrador y periodista. Es autor de los libros de cuentos *Todos santos de California* y *Ella sigue de viaje*. Editorial Tusquets acaba de publicar su primera novela, *Cuaderno de flores*.